

LECTURAS PARA LA HISTORIA SOCIAL DE LA CULTURA ESCRITA EN LA ESPAÑA MODERNA

MARÍA ÁNGELES GARCÍA COLLADO
INSTITUTO DE LEXICOGRAFÍA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Hace ahora casi diez años, en un célebre coloquio de la Casa de Velázquez sobre el libro y la lectura, François Lopez distinguía entre *lisants* y *lecteurs* —*les lisants, que je distingue bien des lecteurs*, afirmaba— una distinción que hoy sirve de título al último número monográfico del «Bulletin Hispanique». ¹ Ciertamente, más allá de resaltar la diferencia de grado entre el estatuto de *lisant* y el de *lecteur* (al que luego sucedería el de "devorador de libros", quizás el de "hombre culto", y excepcionalmente el de "sabio"), aquella distinción subrayaba la necesidad de estudiar la progresión cultural global que experimentó la sociedad occidental en el Antiguo Régimen. Sin duda, todas las investigaciones que se han dedicado en la última década a la educación y a las lecturas de los españoles en la época moderna han contribuido a la creación de una nueva visión del desarrollo de la historia sociocultural en el ámbito hispano. Ubicado dentro de este extraordinario proyecto de investigación, que promovió la aparición de monográficos del *Bulletin Hispanique* dedicados a esta cuestión —*La Culture des Élités Espagnoles à l'Époque Moderne* (1995), y *Les Livres des Espagnols à l'Époque Moderne* (1997)—, *Lisants et Lecteurs en Espagne XVe-XIXe siècle* propone un punto y aparte en la discusión crítica sobre la historia de la lectura en España.

Dos series de trabajos articulan este número especial. La primera de ellas es un imprescindible dossier sobre la alfabetización de los españoles en la época

¹ François LOPEZ (dir.), *Lisants et Lecteurs en Espagne XVe-XIXe siècle*, monográfico de «Bulletin Hispanique» 100, n° 2 (julio-diciembre 1998).

moderna coordinado por Jacques Soubeyroux. En la introducción al dossier, Soubeyroux muestra su gran conocimiento de la historiografía europea con un sólido balance de la bibliografía crítica de los estudios dedicados a la alfabetización y a la lectura en España surgida en los últimos veinte años. Por otra parte, Soubeyroux realiza una impecable reflexión en materia metodológica sobre la validez de la firma como indicador social —*La signature n'est pas un signe blanc ou aléatoire: c'est un signe complexe*— un signo que representa la diferenciación cultural entre medios sociales. Así, la distancia entre la exuberancia de trazos de la rúbrica de un jurista y la ausencia de firma confirmada por el notario según la fórmula tradicional *no lo firmó por no saber escribir*, se traduce no sólo en una mayor o menor habilidad cultural sino también en la afirmación de una identidad personal correspondiente a la pertenencia a determinado grupo social o profesional. Soubeyroux destaca que, a pesar de las dificultades metodológicas, la riqueza de fuentes heterogéneas (principalmente notariales, testamentos, poderes, cartas de dote, registros matrimoniales, actas de venta), y la observación minuciosa de las series documentales en diferentes localidades a lo largo de amplios marcos cronológicos, ha dado nueva luz al proceso español de la alfabetización; la confrontación de factores como el sexo, la edad, los grupos socio-profesionales, así como la distinción de los medios urbano y rural ha permitido a los investigadores extraer conclusiones tanto de orden cuantitativo como cualitativo. Valga como ejemplo el caso de la alfabetización en Madrid, mejor conocida desde los estudios de Claude Larquie dedicados al siglo XVII, los de Soubeyroux al XVIII, y los de Martínez Martín al XIX.

Asimismo, Viñao Frago ha elaborado en la última década un inmenso trabajo sobre la alfabetización en España en la época de la Ilustración. A la luz de las investigaciones aparecidas en los últimos diez años, Viñao Frago plantea en su artículo tres cuestiones, la evolución del dominio y calidad de la firma, el incremento y diversificación de la demanda de textos para el aprendizaje de la lectura y los progresos de la alfabetización en el Siglo de las Luces.

Recuerda Viñao Frago que la firma estampada en documentos notariales o fiscales ha sido la fuente clásica y esencial para obtener datos sobre la evolución del proceso de alfabetización en etapas precensales. Sin duda, las conclusiones que ha permitido extraer este tipo de análisis no son equiparables a los datos que se pueden obtener de un censo. No obstante, a partir de este indicador, Viñao Frago sostiene que a lo largo del setecientos se produjo un cambio cualitativo con el paso de situaciones de semialfabetización a otras más plenas y asentadas. Existieron muchos matices en esta evolución, ya que los hombres se beneficiaron del acceso a la cultura escrita en una proporción mayor que las mujeres, las diferencias entre unos y otros —tanto en la capacidad de firmar como en la destreza al hacerlo— fueron una constante que tendió a incrementarse a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII.

Por otra parte, Viñao Frago observa con brillantez que en la España de la segunda mitad del dieciocho se produjo una expansión de la red de escuelas de primeras letras que respondía a una inequívoca demanda social. A este movimiento, correspondió una diversificación y proliferación de nuevos métodos y propuestas para leer y escribir —cartillas, silabarios, catones, abecedarios— que fueron la base de un mercado en expansión. La edición de obras como el *Catón christiano* de Fray Jerónimo de Rosales a lo largo de todo el siglo o del *Silabario o cartilla metódica* de Antonio Cortés (Madrid, 1781) representan la contestación y ruptura del privilegio que gozaba el cabildo vallisoletano desde 1583 para imprimir las cartillas y el comienzo de una nueva etapa en el desarrollo de la educación en España.

Este dossier sobre la alfabetización se completa con otros dos trabajos sobre la alfabetización en la época de la Ilustración, el de Ofelia Rey Castelao dedicado a Galicia y el de Javier Antón Pelayo sobre Gerona. En el primero de ellos, Ofelia Rey Castelao realiza un detallado análisis del proceso de alfabetización en la Galicia del Antiguo Régimen a través de los niveles de firmas. Este análisis sitúa a Galicia en línea con los otros territorios del norte peninsular, y en él su autora constata un proceso lento pero sin retrocesos, que no dependió de la constitución de una deficitaria red escolar, sino de los recursos e iniciativas familiares.

El trabajo de Javier Antón Pelayo sobre el caso de la ciudad de Gerona en la segunda mitad del siglo XVIII es fruto de su magnífico libro titulado *La herencia cultural. Alfabetización y lectura en la ciudad de Girona* (Bellaterra, 1998). Desde la microhistoria, Javier Antón Pelayo ha realizado una investigación sobre la alfabetización en Gerona a partir del exhaustivo examen de protocolos notariales, valorando la presencia y evolución de la firma en los inventarios "post-mortem" como signo de suficiencia alfabética. Otras fuentes estimadas en este estudio han sido los datos que sobre la población reflejaban los empadronamientos, las actas notariales, las reuniones de los gremios, las certificaciones, documentos que han permitido subsanar algunas de las insuficiencias de los tres censos elaborados durante la segunda mitad del siglo XVIII —el Censo de Aranda de 1768, el Censo de Floridablanca de 1787 y el Censo de Godoy de 1797—. El resultado de la investigación de Javier Antón Pelayo es que la ciudad de Gerona en el año de 1787 detentaba un nivel de alfabetización para los mayores de 19 años del 58% (el 77,6% de los hombres y el 27,6% de las mujeres), pero, más allá del porcentaje global de alfabetización —que sitúa a Gerona en un alto nivel comparable al de muchas ciudades de la Europa más desarrollada, como se pone de manifiesto en las tablas que brinda este artículo—, el autor destaca el papel ejercido por la propia dinámica social, entretejida de redes de relaciones, como catalizador del proceso de apropiación de la cultura escrita en la sociedad catalana del Antiguo Régimen.

La segunda parte de este número monográfico del *Bulletin Hispanique* está constituida por las actas del coloquio *La mirada en la escritura. Una historia de la lectura y del lector*, organizado por Víctor Infantes en Madrid (Fundación Sánchez Ruipérez y Casa de Velázquez, 11 y 12 de mayo 1998). Tras la inmejorable introducción de Víctor Infantes, los once trabajos publicados en estas actas —dispuestos según el orden cronológico de las épocas que abarcan, siglos XV al XIX— constituyen un notable paso en el conocimiento de la historia del libro y del lector en España.

Abre estas actas un estudio de Antonio Castillo Gómez sobre la importancia política, ideológica y cultural adquirida por la cultura escrita en la Alta Edad Moderna. Ubicado dentro de la herencia historiográfica europea, Antonio Castillo advierte la progresiva necesidad social de la escritura desde el siglo XV en todo occidente. Pero, además de destacar la singularidad de este fenómeno constituyente de nuestra historia social, el autor observa de cerca las representaciones de las prácticas de la escritura de la sociedad altomoderna en la literatura del Siglo de Oro. Convertido en metáfora, el *librillo de memoria* de Monipodio, lejos de ser un simple libro de cuentas, es la síntesis de los niveles de competencia gráfico-textual y las formas más comunes del escribir usual o cotidiano; en el ámbito catalán, la autobiografía popular *Diari de Joan Guàrdia*, en la intersección de la memoria privada y la pública, representa la creciente apropiación de la escritura por las clases subalternas; y al lado de los diarios y libros de cuentas, la correspondencia —como instrumento de gobierno, como medio de comunicación interpersonal, incluso como género literario— expresa el valor central adquirido por la palabra escrita en la vida cotidiana de los siglos XVI y XVII. En definitiva, la proliferación de formas escritas que caracterizó la modernidad encontró en el espacio urbano un lugar de circulación privilegiado, por ello Antonio Castillo destaca la función de la ciudad tanto como agente de civilización, como lugar de inscripción de la razón gráfica.

Junto a la figura genérica del lector, en nuestro horizonte crítico comienza a ser mejor conocida la de la lectora femenina. El estudio de Philippe Berger contribuye a superar las generalizaciones sobre el escaso número de mujeres que accedieron a la cultura escrita en el ámbito hispano. Para ello, Philippe Berger expone en este trabajo sobre la cultura femenina en la Valencia del Renacimiento una reflexión articulada en varios puntos. Por una parte, Berger estudia las estadísticas de una muestra de 776 inventarios de bibliotecas de mujeres de la Valencia de los años 1470 y 1559, las cuales revelan una progresión lectora más o menos uniforme; no seducido por la fiabilidad de estos datos, el autor rastrea otros indicios de la actividad cultural de las mujeres de este periodo en Valencia:

desde los efímeros pliegos sueltos hasta las diatribas suscitadas por la obra del misógino Jaime Roig; asimismo, las sátiras y burlas antifemeninas publicadas por el círculo reunido alrededor de Bernat Fenollar; y desde el lado feminista, no sólo el *Vita Christi* de sor Isabel de Villena sino también el *Llibre de les dones* del franciscano Eiximenis, el *Triunfo de les dones* de Joan Roís de Corella, incluso *De Institutione femine christianae* de Juan Luis Vives. Philippe Berger valora con agudeza que esta emergencia de la cuestión femenina en la Valencia del Renacimiento expresa el ambiente favorable a la educación de las mujeres y, en definitiva, su activa participación en la historia de la cultura escrita de la Edad Moderna.

Retomando su tesis sobre los lectores del *Orlando furioso* en el siglo XVI, Maxime Chevalier ofrece un estudio sobre los avatares del romancero ariostesco. A través de una nueva versión manuscrita conservada en la biblioteca de don Bartolomé March (elaborada por una especie de intermediario entre lector y poeta) Chevalier recuerda el esplendor del género, situado entre 1570 y 1605, el cual se fue desvaneciendo a medida que el número y calidad de sus lectores decaía a principios del siglo XVII con el triunfo del romancero nuevo.

En su trabajo sobre la figura de Cervantes como lector, Jean-Michel Laspéras afirma que el análisis del lector implícito en los textos cervantinos puede contribuir a trazar un panorama de las que fueron las lecturas del autor. Ciertamente, la multiplicidad de citas, alusiones y géneros que surgen en las obras de Miguel de Cervantes nos sitúan en el camino de sus elecciones como lector. Obras tan diversas como los *Triunfos* de Petrarca, el *Antiguo y Nuevo Testamento*, libros de Pragmáticas, libros de *beffe*, las *Facetie piacevole, e fabule, e motti* de Arlotto, la *Crónica* de Alfonso X el Sabio, el *Libro de agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera, incluso el *Concilio tridentino* o el manual de Lucas Pinelo *Meditaciones del Sanctissimo sacramento* —al alcance del autor en la librería de Francisco de Robles— constituyen, en definitiva, los materiales leídos que acrisoló Cervantes en sus obras.

Otra encrucijada de lecturas, eruditas y populares, es la que propone Pedro Ruiz Pérez como clave de interpretación de las *Rimas* de Antonio de Paredes (Córdoba, 1622). La obra de Paredes es, en opinión de Pedro Ruiz Pérez, un territorio intermedio en el que se concitan referencias dirigidas a un lector culto, humanista, erudito, aristocrático —caso de las citas de autoridad— y otras destinadas a un nuevo público más amplio y heterogéneo —los preliminares y la *dispositio* de las composiciones en el volumen—. Efectivamente, como sugiere Pedro Ruiz Pérez, la función del editor-comentarista en la Edad Moderna es la de *autor material*, es quien garantiza la coherencia y unidad de las obras, en definitiva, quien orienta una lectura entre una multiplicidad de posibles lecturas.

Como en los artículos de Maxime Chevalier, Jean-Michel Laspéras y Pedro Ruiz Pérez, la figura del lector implícito es central en el trabajo de Nieves Baranda. A través de los paratextos de las obras de escritoras de los Siglos de Oro, Nieves Baranda determina a qué lectores dirigían sus libros las mujeres letradas. Y a partir de la cuestión de quiénes fueron los lectores, surge como en una *mise en abîme* la figura del autor, mejor dicho, de la autora. Dicha figura femenina, todavía desprovista en el siglo XVI de una tradición cultural en la cual poder reconocerse, lucha desde los preliminares de sus obras por construir una voz propia para asentar su conciencia de escritora y alcanzar una consideración social. Ciertamente, señala Nieves Baranda que las escritoras religiosas se escudaron en la obediencia, y las profanas recurrieron a las circunstancias que rodeaban a las autoras, a la voluntad de hacer el bien en diversas formas o al anonimato y al seudónimo masculino. Nieves Baranda recorre doscientos años de enunciación literaria femenina —¿A quién se dirigían mujeres escritoras como Santa Teresa, la Condesa de Aranda, María Jesús de Ágreda, o sor Juana Inés de la Cruz?— para esclarecer cuáles fueron las prácticas de lectura de las mujeres modernas.

Sobre los libros y los lectores del siglo XVIII escriben en este monográfico del *Bulletin Hispanique* François Lopez y Jean-Marc Buigues. Las clarividentes páginas de François Lopez sobre la lectura de materia novelesca —por extensión, de obras de ficción— es un excelente balance historiográfico que toma como punto de partida la precursora obra de Maxime Chevalier *Sur le public du roman de chevalerie* (Burdeos, 1968). Desde aquí, François Lopez recorre el panorama crítico surgido al respecto: la crítica cervantista entregada desde décadas a los libros y lecturas caballerescas representados en el *Quijote*; los estudios de Philippe Berger, Manuel Peña Díaz, Anastasio Rojo Vega, Carlos Álvarez Santaló y Sara T. Nalle sobre el acceso de los lectores de las clases subalternas a estas lecturas; las prácticas de lectura representadas en las obras de ficción en la España renacentista —Roger Chartier, Margit Frenk—; el éxito alcanzado por la novela pastoril una vez pasados de moda los libros de caballerías en el siglo XVI; la categoría de best-seller conseguida en el siglo XVII por el *Guzmán de Alfarache*, a partir del cual la novela española empezó a agonizar; la extraordinaria difusión en el siglo XVII de la comedia impresa como literatura efímera al explotar contenidos de ficción, asimismo las novelas cortas editadas en cómodo tamaño 8º y, por supuesto, las *historias* en libritos de cordel. Este recorrido por lo novelesco en la historia literaria española desemboca en el Siglo Ilustrado, *un siglo sin novelas*, siglo de pervivencias, de reescrituras, de reediciones, de traducciones, de *malas lecturas* y de censura, y también un siglo en el que se conquistaron nuevos públicos y nuevos canales de difusión de la cultura escrita.

También sobre la lectura en el Siglo de las Luces, Jean-Marc Buigues penetra en la oferta jesuita dentro del conjunto más amplio de las redes de difusión del libro y del impreso. A partir de los inventarios de las obras que vendían dos librerías jesuitas en Salamanca y Madrid a mediados del siglo XVIII, Buigues reconstruye unos anaqueles en los que debieron de dominar de forma abrumadora los títulos de los miembros de la Compañía de Jesús: el *Catecismo* del padre Astete, el *Promptuario de la Theología Moral* de Fray Francisco de Larraga, el *Despertador de la fe*, los *Aprecios de la gracia y Hermosura de Dios* del padre Nieremberg, la *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual* del padre Miguel Venegas, los *Ejercicios de San Ignacio* en sus distintas versiones, y gran cantidad de obras dirigidas a escolares, caso de gramáticas y cartillas griegas, prosodias, y selecciones de obras grecolatinas de Cicerón, de Ovidio o de Virgilio.

Tres artículos sobre la difusión de la cultura escrita en el siglo XIX cierran este monográfico del *Bulletin Hispanique*. En el primero de ellos, Antonio Viñao Frago ahonda en la cuestión de las influencias del liberalismo decimonónico —en especial de las desamortizaciones de Mendizabal (1836) y Madoz (1855)— sobre el proceso de alfabetización y escolarización en España. Antonio Viñao Frago discute el conocido balance negativo de este proceso durante la segunda mitad del siglo XIX que estableció hace más de una década Bartolomé Benassar, ya que, según el historiador francés, fue responsabilidad del liberalismo reformista el desmantelamiento de las escuelas existentes sin procurar alternativas. Pero, sin olvidar que la desamortización eclesiástica supuso el cierre de las escuelas a cargo de las órdenes religiosas suprimidas, Viñao Frago subraya que las exclaustaciones facilitaron la dedicación de muchos religiosos a la docencia, sin olvidar que la red de escuelas anexas a las parroquias no resultó afectada por las reformas de inspiración liberal. Así, Viñao Frago constata con gran acierto, contrariamente a la idea mantenida hasta ahora, que el advenimiento del liberalismo impulsó la escolarización y la renovación de la enseñanza de la lectura —las editoriales Hernando, Bastinos y Paluzie constituyen un buen ejemplo indicador— y que también originó cambios a medio y largo plazo en los modos de llevar a cabo el proceso de alfabetización.

A continuación, Leonardo Romero Tobar elabora un balance sobre la cuestión de los lectores y las lecturas en la primera mitad del siglo XIX en la historia literaria española. Destaca Romero Tobar que el llamado "periodo isabelino" (años 1834-1868) reportó un gran cambio de mentalidades —en definitiva, la transformación de la sociedad del Antiguo Régimen— lo cual, sumado a la importación de innovaciones tecnológicas en el arte de imprimir y de nuevas fórmulas editoriales, tuvo como resultado una transformación en los

modos de producción, difusión y consumo de la cultura impresa en España. No obstante, a pesar de los cambios, también fue originalidad del diecinueve español la pervivencia de la literatura de cordel y el mantenimiento de la oralidad como modo de apropiación de la cultura escrita.

Por último, el excelente historiador de la lectura Jean-François Botrel cierra este número monográfico con una sugerente reflexión sobre los progresos de la aptitud lectora de la población española en el siglo XIX. Jean-François Botrel se cuestiona sobre lo que quería decir leer en la España de entonces, concretamente, sobre la lectura en alta voz, trátase de una lectura colectiva —por ejemplo, las tertulias, las veladas, las lecturas callejeras, las lecturas obreras— o del acto individual del lector-oyente que lee para sí mismo.

La altísima calidad de todos los estudios englobados en *Lisants et Lecteurs en Espagne XVe-XIXe siècle*, la gran variedad de temas y enfoques tratados de manera exhaustiva y rigurosa, hacen de este monográfico del *Bulletin Hispanique* una obra de referencia básica y fundamental de la historia sociocultural española.